

EL DIA DE MODA



Xscale

A LOS COSECHEROS Y COMERCIANTES EN VINOS



PARA CONSERVAR Y MEJORAR LOS VINOS SIN EMPLEAR ALCOHOL, YESO NI OTRAS DROGAS

El vino con **ENOSÓTERO**, jamás se vuelve àgrio y siempre mejora

EL ENOSÓTERO es el único que merece el nombre de conservador de los vinos; obra en pequeña cantidad, es de fácil empleo, mejora toda clase de vinos, es económico, inofensivo y puede emplearse en todo tiempo.

—♦— Pedid prospectos —*— Se remiten à todas partes —♦—

PRINCIPALES DEPOSITARIOS

Alicante: Torras y Uriarte.
Almería: Abad y Fernández.
Albacete: Nieto y Ferrer.
Benicarló: José Montía.
Cervera: José Tarruell.
Cádiz: Matute, hermanos.
Ciudad Real: Ceferino Sauco.
Castellón: Manuel Ferrer.
Córdoba: Marquez y Urbano.
Granada: Doroteo Gonzalo.
Haro: Juan Baltanas.
Jaen: R. de la Higuera.
Jerez: Andrés Barrero.
Lérida: Planas, hermanos.
Logroño: Sanchez e Hijo.

Málaga: Juan Bta. Canales.
Madrid: C. Gutiérrez.
Palencia: Fuentes Aspurz
Reus: Francisc. Freix.
Sevilla: Antonio Jiménez.
Salamanca: Santiago Fuentes.
Tortosa: E. Carpa.
Tarragona: D. Virgili.
Teruel: E. Soriano.
Vinaroz: M. Esteller.
Valencia: Hijos de Blas Cuesta.
Valdepeñas: Nuñez y C.^a
Valladolid: Ferrés y C.^a
Villafranca: P. Balaguer.
Zaragoza: Viuda de R. Jordán.

Botes de 1 kilo para 20 hectó-
litros de vino DIEZ pesetas



REPRESENTANTES
J. URIACH Y C.^A
MONCADA, 20
BARCELONA





SE PUBLICA LOS SABADOS

Director Literario:
Julio Víctor Tomey

Director Artístico:
José Carrasco

RÉDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Ronda de San Pablo, 39, 2.º—Barcelona.

DE LO VIVO A LO PINTADO, por Tur



—Pues soy yo misma. ¿Estoy tan desconocida?
 —No es eso; sino que como ahí va V. tan ligera de ropa
 y yo desconozco ciertas particularidades...

CRONICA



IGUE comentándose el conflicto de las verduleras madrileñas.

Según los enemigos del gobierno es uno de los signos que indican la corta vida que le queda. Según los ministeriales, una prueba de

simpatía por parte de las manifestantes.

En la villa del oso y de los malos ministros, ocurrieron escenas lamentables.

— ¡A ese! ¡a ese! — gritaba un grupo persiguiendo a un hombre — ¡Duro con él!



— ¿Pero quién es?

— Cánovas; el propio Cánovas que va suelto. ¿No veis qué feo es? No puede ser otro.

— Quizá sea su perro.

Esta versión hizo que el grupo engrosase con algunos pinches, ilusionados con la idea de dar a sus parroquianos chuletas de aquel can aristocrático.



— No te escaparás — clamaban todos — De nada te sirve el llevar ya hecha la maleta.

El desgraciado cayó en poder de las turbas.

— Me rindo — dijo — pero conste que no soy Cánovas, ni perro, ni tan feo como decís, sino un infeliz que emigra de España por no sucumbir a la miseria. Conque si me queréis hacer entrega de esos proyectiles que me lanzáis, que son, según veo, rábanos

y coles, podréis contar con el agradecimiento de un estómago vacío.

Da pena pensar en lo que hubiera ocurrido en Madrid si el perro del señor Cánovas sale a la calle.

Bendiga Dios a sus criados que tuvieron compasión de aquellos viles — como los llamó el buen señor.

Y al perro que no se lanzó por su voluntad.

Y al dueño que no hizo lo propio.

Fuera de ese escándalo y del de los bolsistas y del de Calahorra y de los de otros puntos, España está hecha una balsa de aceite.

Las gentes sólo piensan en bañarse donde y como pueden.

Los bañeros de algunas playas son los hombres más dichosos del mundo. Como



que estrechan entre sus brazos a las mujeres más hermosas.

Los ferrocarriles transportan en esta época muchos más pasajeros que de ordinario.



Algunos afortunados galanteadores hacen suyos muchos corazones en los coches de las

compañías ferroviarias.

— ¿A qué punto se dirige V.? — preguntaba uno de estos a una señora bastante tímida.

— A Santander

— Y una vez allí ¿dónde irá V. a parar?

— Donde V. quiera.

LEÓN FOGOSO.

¡Pícaros nervios!

— ¡Doctor, venga por favor!
 Mi mujer está muy grave.
 ¡Ay, doctor, usted no sabe lo que yo sufro, doctor!
 — ¿Qué mal aqueja á su esposa?
 — ¿Qué mal? Usted lo dirá.
 Yo tan sólo sé que está muy nerviosa, muy nerviosa. Con sus berrinches me asedia; en un mes que lleva así he adelgazado ¡ay! de mil lo menos arroba y media. Siempre está de mal humor, fiera, irritable, irascible... Vivir así no es posible, no es posible, no, señor. No se la puede aguantar, no se la puede sufrir...
 ¡Ay! Yo me voy á morir, ó yo me voy á matar. Vivo en constante aflicción, en perpetuo ten con ten...
 — ¿Come poco?
 — ¡Quiá! ¡Muy bien!
 — ¿Y duerme?
 — ¡Como un lirón!
 No sé cómo defenderme de su carácter tenaz. En mi casa sólo hay paz cuando come ó cuando duerme. ¡Al variar el tiempo, es cosa de no resistirla!
 — ¡Ya!
 ¿Y si la atmósfera está cargada su pobre esposa se exaltará?
 — ¿Cómo no?
 Mas por cargada que esté la atmósfera, crea usted que más cargado estoy yo. Tanta y tanta impertinencia con paciencia sufriría, pero temo que algún día se me acabe la paciencia, y entonces...
 — ¡Tenga usted calma! Esas mujeres nerviosas...
 — Sí, señor, pero es que hay cosas que á uno le llegan al alma.
 ¿Ve usted ese cardenal?
 — ¡Caramba! ¿Qué ha sido eso?
 — Pues nada, esto ha sido un beso de mi esposa... angelical. Me quiere de una manera

tan expresiva y tan rara, que hoy me ha deshecho en la cara la tapa de una sopera.
 — Son unas calamidades esas mujeres así.
 — ¡Dígamelo usted á mí!
 — ¡Hombre! ¿Si habrá novedades?
 — ¿Novedades?
 — ¡Es posible!
 ¡Estará en estado!...
 — ¡Quiá!
 El estado en que ella está es un estado insufrible.
 — ¿Tiene calentura?
 — ¡No!
 — ¿Y cuando se halla excitada de qué se queja?
 — ¡De nada!
 ¡El que se queja soy yo! Yo, que por mi mala estrella sufro este horrible tormento; yo, que no tengo un momento de tranquilidad con ella.
 ¡No hay dinero que le baste!
 ¡El mejor día la pego!
 Inútilmente le ruego que por Dios Santo no gaste. Salió ayer y se gastó un dineral, ¡ya se ve! Y luego, páguelo usted, es decir, páguelo yo. Me desconozco á mí mismo cuando paso lo que paso.
 — ¡Calma! ¡Su esposa es un caso!...
 — ¿Cómo un caso?
 — ¡De histerismo!
 — Yo creí... ¿Conque es histérica?
 ¡Si fuese el cólera!
 — ¡Quiá!
 — ¡Lo parece, porque está casi siempre tan colérica!
 — ¿Es joven?
 — No; treinta y tres.
 — ¿Y desde que se han casado, dígame usted, no ha notado?...
 — ¡Si me he casado hace un mes!
 — ¿Y ella tendría otro amor?
 — ¡No, señor! ¡Dios es testigo!
 — Puede usted hablar conmigo como con un confesor. Diga la verdad.
 — ¡Que no!
 ¿Otro amor? ¡Qué tontería! Si la pobre no sabía

qué era amor, hasta que yo
llegué de Cuba y la vi;
me miró, nos comprendimos,
y entre caricias y mimos
me dió el anhelado sí.

La doté en medio millón;
juzgué mi dicha segura,
y hace un mes, el señor cura
nos echó la bendición.

—Tal cambio—vuelvo á mi tema—
prueba que en ella imperioso
rige el sistema nervioso...

—¡Canario con el sistema!

—Usted no sabe lo que es
la que padece histerismo...

Lo que le gusta ahora mismo,
le produce horror después;
ya irritable, ya insensible,
cuándo es ángel, cuándo arpía;
está cariñosa un día,
y al otro día irascible...

Créame usted, yo no puedo...

Esos casos siempre son
nuestra desesperación.

Las nerviosas me dan miedo,
y tengo motivos...

—¿Qué?

—¡Yo, como usted, he sufrido!

¡Yo también víctima he sido
de una histérica!

—¿Sí, eh?

—Era una chica preciosa,
una muchacha hechicera;

pero, por desgracia, era
muy nerviosa, ¡muy nerviosa!

Voluble, por su dolencia,

un día amor me juraba,

pero ¡ay! al otro me odiaba

con rencorosa vehemencia.

¡Yo sufría su desdén!

¡Era mi dicha, mi amor!

Pero ¡ay! un día—¡qué horror!—

¡huyó del pueblo!

—¿Con quién?

—¡Solita!

—¡Conque solita!

—¡Se marchó á un convento!

—¡Ya!

¿Profesó de monja?

—¡Quiá!

¡Se escapó la pobrecita!

—¿Otra vez?

—Dejó el convento,

según murmura la gente,

con yo no sé qué teniente,

de no sé qué regimiento.

—¡Vava con la santurrona!

—¡Qué lástima! ¡Era muy bella!

Yo no he vuelto á saber de ella

porque no he vuelto á Gerona.

—Yo soy de Gerona. ¿A ver

si conozco á esa infeliz?

—Se llama Rosaura Ortiz.

—¡Caracoles! ¡¡Mi mujer!!

VITAL AZA.

¡A LOS TOROS! por Cilla



En descubierta carroza
á los toros se va Berta,
mas lo que es cuando regrese
ya volverá bien cubierta.

La ley del Lunch

Viene á ser en España algo parecido á la «ley del Lynch» en los países americanos: una calamidad como otra cualquiera y aun peor que ninguna otra calamidad.

Allá por un quitame ese negro, cogen a un hombre de color y lo *lynchan* sin formación de causa.

Aquí un bautizo, un casorio, un traslado de ascenso ó la menor distinción honorífica, obligan al beneficiado á *lunchar* en compañía de sus amigos; pagando después, como es consiguiente, la cuenta de la repostería, si no quiere llevar fama de insociable, agarrado y cicatero.

—Hola, D. Melquíades,—oímos por ahí—¡que sea enhorabuena! por fin ha conseguido V. aquello.

—Sí, señor, por fin.

—Ya tiene Vd. su juzgadito de ascenso.

—¡Ya! después de pasarme veinte años de Juez de entrada.

—Eso ha sido un triunfo; es preciso remojarlo, ¿no le parece á Vd.?

—Estoy á sus órdenes.

—¡Siempre tan amable! Tomaremos una botella de *champagne*.

—Eso es muy poco.

—¿Cuatro botellas?

—Nada de eso; tomaremos un baño en pila; las cosas se remojan bien ó no se remojan.

Mucho se ha escrito contra la costumbre de los banquetes, pero á mi juicio, es más intolerable y menos equitativa la de los lunches.

Un banquete es por lo general la comida en que todos pagan ó, á lo sumo, la comida en que todos son anfitriones menos el héroe de la fiesta que es el convidado.

Un *lunch* al revés; es la comida en que uno sólo satisface el apetito de todos los demás.

Al viejo tipo de parásito atiborrándose con lenguas de avestruz y embriagándose con vino de Chipre, ha

sucedido el vividor moderno á quien un frac medianamente cortado autoriza para embaularse *sandwichs*, emparedados y dulces, rociándolos con Jerez y regándolos luego con champan.

Una conferencia científica, una velada literaria, un baile, cualquier espectáculo tras el cual se columbre el *buffet* ya puede asegurarse que tiene lleno seguro.

—¿Qué tal la conferencia de la otra noche?—preguntamos.

—Chico, una Manzana superior.

—Bueno, pero el orador ¿qué dijo?

—¡Toma! que le gustaba muchísimo; por poco se emborracha.

—Me refiero al discurso.

—¡Ah! de eso no sé; desde el *buffet* no se oía ni una palabra.

En toda familia de regular posición el capítulo de refrescos, thés y chocolates no puede suprimirse del presupuesto.

—La semana que viene se casa nuestra hija—dice una mamá—¿no te parece que debemos comprar una mantelería de refrescos?

—Una mantelería no; un bolsillo de refresco es lo que yo necesito á toda costa.

—Sé razonable; ya comprenderás que no vamos á traer aquí á los convidados para dejar de darles siquiera un azucarillo.

—Tanto como eso... se lo das ¡y que se lo rifen!

—Hay que organizar algo; un desayuno, un chocolate, alguna cosa, aunque sea barata.

—¿Para qué? Se dice que los novios tienen que salir inmediatamente en el correo.

—¡Ni que la gente fuera tonta! ¿No saben todos que los chicos se van á su casita de la puerta de San Vicente?

—Pues por eso tienen que tomar á escape el correo..... de Estaciones y Mercados.

Un mendigo, con traje del oficio, difícilmente encontrará el sustento en las ollas del cuartel, en la cocina del hospital ó en los comedores de la Tienda-asilo. Pero cortadle el pelo, rapad-

le la barba, colgadle un frac, y aunque es probable que no pruebe el cocido en todo el año, encontrará fiambres, dulces y pastas á tutiplén.

En esta clase de fiestas, por fortuna, no es costumbre exigir la cédula á los comensales sospechosos.

Que haya un convidado más, ¿qué importa al mundo, ni á la cuenta del fondista?

De todos modos, la mayor parte de los que allí beben y se atracan, ven luego por la calle al anfitrión y no le saludan siquiera.

Eso de los estómagos agradecidos no pasa de la categoría de un bello ideal.

«La comida hecha, la compañía deshecha» Es una frase muy antigua y muy aplicable al caso.

Las fiestas «á palo seco» no son ya del gusto de los señores.

El cura que canta su primera misa, el abogado que pronuncia su primer

Así hay muchos

—¿Que si es verdad? Ya lo creo; iba en una carretela

con el banquero Von-brace, entre túles y entre sedas.

—Imposible, mi Juanita es muy honrada; por ella

las manos pongo en la lumbre.

—Ven acá, no seas babeieta: ese banquero es muy rico,

tú no tienes dos pesetas, tu mujer es muy bonita

y... saca la consecuencia; las mujeres son así...

caprichosas...

—¡Ten la lengua, ó te doy dos estacazos

que te rompo la cabezal

—¿Te enfadas?

—¡Difamador!

¡mal amigo!

—¡Buena es esa! en vez de darme las gracias

informe, el empleado que firma la primera nómina... todo el mundo tiene que pagar sus primicias y no digo sus diezmos, porque á veces sube la proporción á bastante más.

De este modo, hay gente que va de guinda en guinda ó de emparedado en emparedado.

—¿E-tuviste en el baile de los de Prímez?—le digo á un amigo.

—Sí, chico; por cierto que me vi en un compromiso...

—A ver, cuenta.

—Figúrate que salía yo del comedor, cuando la chica del brigadier ¡ya sabes! se acercó á pedirme unos rigodones...

—Y tú...

—Pues tuve que decirle que no llevaba; porque la verdad es que na había cogido más que dátiles y yemas de coco.

LUIS ROYO VILLANOVA.

me insultas y me motejas de calumniador!...

—¿Y cuándo?...

¿En dónde?... ¿de qué manera?...

—En tanto tú vas de caza y brincas charcos y breñas el banquero y tu mujer...

—¡Bastal... ¡Rayos y centellas!...

Francisco; déjame solo...

—Adiós, Ricardo; paciencia, pues, mirado friamente esto le pasa á cualquiera.

—¡Dios mío! ¿será verdad?...

¿será mi desdicha cierta?...

(Una pausa. El... desgraciado

da tres pasos, luego piensa

y, al cabo de diez minutos,

exclama:)—No es la primera...

si ese banquero... si yo...

lo dicho, excelente idea

al ser verdad, no hay remedio,

conque á buscar esa breva.

Justo R. HERAS.

A lo que estamos...

Allá en aquel rincón de la capilla
y metido en aquel confesonario,
con una mano puesta en la mejilla
y un dedo entre las hojas del breviario,
está el Padre Gabriel tranquilamente
esperando á que llegue un penitente,
y pensando á la vez que tarda el día
de lograr la anhelada canongía.

Ahí viene Baltasar, bajos los ojos,
el aire triste y el andar pausado;
del santo religioso llega al lado,
saca el pañuelo y póstrase de hinojos.
Recógese, persígnase, y, contrito,
cual si el canto imitara de un jilguero,
deprisa y muy quedito
dice el «Yo pecador», no sé si entero.

Y con mezcla de enojo y de dulzura,
—¿Qué pecados me traes?—le dice el cura.
—Traigo, señor, los mismos que solía,
y otros mucho más grandes todavía.
Amo á las mozas más que á Dios.

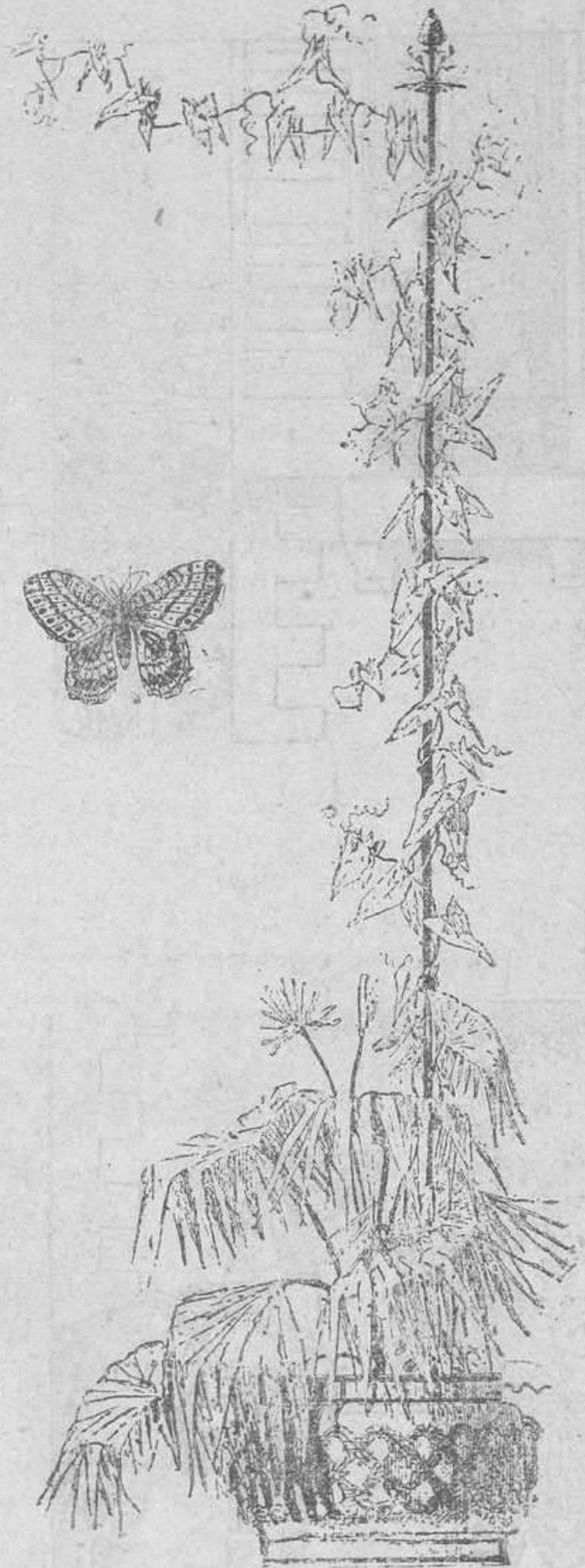
—¡Qué espanto!
—¿Y qué pobre mortal no hace otro tanto?
No respeto á ninguna.

—Buena es esa!
¡Para tí no hay perdón!
—Y ayer con capa
de la casa escapé de la alcaldesa,
que afecto cariñoso me profesa,
y, como usted habrá visto, está muy guapa.
—¡Todas esas son culpas espantosas!
—Y además...

—¿Aún hay más? ¡Cuánto pecado!
—Sostengo relaciones amorosas...
—¿Con quién?

—Con la cuñada del prelado.
—¡Oh, con esa también! ¡Quién lo diría!
Pues reza una estación en penitencia...
¡Hombre, y ahora que tienes influencia,
bien me puedes sacar la canongía!

JOSÉ ESTREMERÁ.



AVENTURA ORIGINAL, por Job.



1



2



3



4



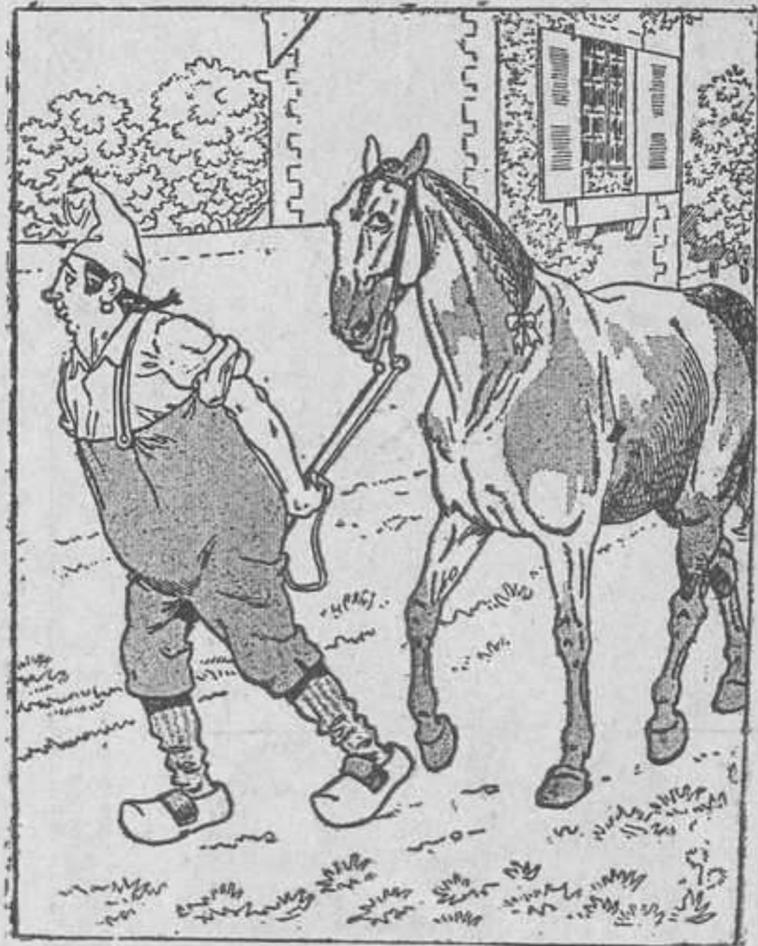
5



6



7



8

(Continúa).

Historias Madrileñas

La hoguera de los «golfos.»

¡Cuidado si hacía frío aquella noche! En mi larga jornada por las calles más céntricas de Madrid, sólo había encontrado á dos ó tres transeuntes, muy embozados en sus capas, y á algunos guardias de orden público re-



fugiados en los huecos de las puertas para defenderse, en lo posible, del sutil y helado airecillo dueño y señor de la coronada villa.

Al cruzar el paso de Recoletos en dirección al barrio de Salamanca, ví entre los jardines una gran hoguera y me acerqué curioso de averiguar quiénes eran los que disfrutaban de su lumbre.

El espectáculo que se ofreció á mis ojos no podía ser más pintoresco.

Con trozos de madera escamoteados en alguna obra, con carteles de anuncios arrancados de las esquinas, con heterogeneos y diversos combustibles en fin, diez ó doce chicuelos sin familia ni hogar, habían improvisado una magnífica hoguera, y aquella ronda de infelices *golfos* se defendía contra las crudezas de la noche al calor de sus brillantes llamaradas.

Temerosos de que el fuego se apagase y la helada les sorprendiese dormidos, entreteníanse para alejar el sueño en sostener una sabrosa plática llena sin duda de frases y conceptos un poco naturalistas, pero seguramente expresivos y pintorescos.

Mi presencia cortó la conversación de un chiquillo de diez años que por los desgarrones de su camisa y las injurias de su pantalón, aproximaba tranquilamente las morenas carnes al calor de la llama de la hoguera.

Decidido á formar parte de la andrajosa tertulia distribuí sendos cigarrros á mis harapientos compañeros y cuando con la primera chupada, reboseó la alegría en las caras de los pilluelos, ya todos fuimos unos y fraternizamos en la hampa.

—Pues cuando V. llegó—me dijo el chiquillo á que antes me referí—éste nos había preguntado que qué es lo que quisiéramos tener cada uno, y el Cojo, que es aquel chavalillo que está allí, había dicho que un caballo para ir todas las tardes á los merenderos de la China; y el Moreno, que es ese otro, decía que una escopeta para matar pájaros en el Canal, y yo decía que era mejor una baraja con la que se ganase siempre al *Cané*; y cada uno

decía su creencia como Dios le daba á entender.

—Pero es porque no sabéis nada de las cosas del mundo,—le respondió otro *golfo* ya más talludito, aunque no menos andrajoso—porque lo que los hombres como nosotros, vamos al decir, deberían de querer es muchos puñados de monedas y muchos pañuelos de billetes del Banco para tener un palacio como el que yo vi cuando estuve de ayudante del mozo de cuadra de aquella casa de más arriba que tiene jardines por delante y á los lados.

¡Como os regostariais vosotros si tuvieseis una casa así! El portal es todo dorado y tiene muchos espejos para mirarse al entrar.

Mis contertulios llenos de admiración por las magnificencias que presentían contemplaban con ojos muy abiertos al narrador y la brillante llama de la hoguera iluminaba aquellas caras ansiosas, en los cuales las gracias infantiles formaban extraño maridaje con los estragos de la miseria.

—Se sube por una escalera,—prosiguió el orador—que tiene una alfombra donde se hunden mismamente los pies, y al empezar y al concluir de subir encontráis dos figuras doradas que levantan con las manos muchísimas luces.

Entráis en una habitación y veis unas sillas y unos sillones como los que hay en las iglesias en el altar mayor; yo me senté una vez en uno y es cosa rica ¡allá si que se puede dormir!

Luego veis una cocina muy grande, y con muchas cosas brillantes como sartenes y otras que parece que les sacan lustre y por todas partes anda tirado el pan...

Mis contertulios hicieron un movimiento de asombro.

—¡Y la carne!

El asombro creció y hasta la hoguera alzó con viveza mayor sus llamaradas.

—Y todos los criados beben el vino que quieren...

Este postrer detalle produjo un efecto inmenso; la emoción había llegado hasta los últimos límites y el narra-

dor buscando un testimonio á las grandezas referidas se volvió á mí y me dijo:

—¿Verdad V.?

Iba á contestar afirmativamente cuando noté que dos de los más lejanos del grupo tiraban de algo, hacia la hoguera con movimientos de mal humor.

—Es el *Chito*,—dijo uno de ellos,—



que se ha quedado dormido detrás de nosotros y si no nos enteramos, se hiela.

Aproximado el *Chito* hacia la hoguera para que su amoratado y rígido cuerpo recobrase la vida con el calor, prodújome verdadera lastima ver un chiquitín de cinco ó seis años desheredado de todo cariño maternal, y más miserable aún que los gorriones, los cuales siquiera tienen para las noches de helada, un nido en que guarecerse y dormir.

Rápidamente al calor de la llama se desentumecieron sus miembros y recobró su amoratado rostro el color natural.

Abriendo entonces perezosamente los ojillos, el muchachuelo dijo debil-

mente «tango hambre» y un *golfo* caritativo le alargó un manoseado zoquete de pan.

Devorólo en un santiamén—el rapaz y después de acomodarse junto á la llama sacó una colilla del pecho, encendióla y dijo alegremente—¡que bien se está aquí!»

Y al abandonar yo, pocos momentos después, la harapienta tertulia, iba preguntándome:

—¿Tendrá razón el *Chito*? ¿Se vivirá mejor como viven los miserables que como viven los poderosos? ¿Qué valdría más ¡la hoguera de los golfos ó ese palacio de más arriba, con jardines por delante y á los lados?»

JOSÉ DE ROURE.

Niñerías.

—¡Ven, Teresa!
 —¡Voy, papá!
 —Mira qué hermanito.
 —¡A ver!
 ¿Cómo ha venido?
 —A mamá se lo acaban de traer.
 —¿Y es para nosotros?
 —Sí; se queda en casa.
 —¿De veras?
 —Ya no se marcha de aquí y es preciso que le quieras.
 —Dime, y ¿mamá no sabía que nos iban á traer este niño?
 —Sí, hija mía, ¡no lo habia de saber!
 —Tú sí lo ignorabas
 —No.
 —¿Lo sabías?
 —Claro está.
 —¿Desde cuándo?
 —Qué sé yo; desde el día que mamá. Era preciso escribir á Francia y, por consiguiente, lo tuvimos que pedir.
 —¿Tú y mamá?
 —Naturalmente.

—¿Este también lo han traído de París?

—Es natural; allí se halla establecido el almacén general.
 —¿De modo que si cualquiera, porque se le antoja, escribe pidiendo el niño que quiera enseguida lo recibe?

—Claro.

—Pues entonces yo, si escribo, recibiría otro también.

—No, hija, no (vaya una majadería).

—Y si yo como tú aviso por qué me lo niegan?

—Pues...

¡caramba! porque es preciso que lo pidas en francés.

—Algo sé.

—No es suficiente lo poco que has estudiado.
 —(Ese es un inconveniente en que no había pensado).

Hoy, firme en su pensamiento, recuerda á París Teresa, y no abandona un momento la gramática francesa.

MIGUEL TOLEDANO.

NIEVE

(Conclusión.)

Envueltas en sus pelpos vaporosos
 y tendidos los cuerpos voluptuosos
 en la muelle extensión de los triclinios,
 alrededor, sombrías y livianas,
 agrúnanse las bellas cortesanas
 que habitan del imperio en los dominios.
 Desde el fragante baño en que aun res-
 el hardo pensativo las admira, (pira,
 fija en la más hermosa la mirada,
 y le demanda con arrullo tierno,
 la postrimera copa de falerno
 por sus marmóreas manos escanciada.

Este creo que no es marmol labrado
 á fuerza de paciencia, sino natural,
 limpio terso y de la cantera que el poe-
 ta lleva dentro.

Vaya otro trozo:

Por no hacer muy largo este ar-
 tículo, no copio íntegra la poesía *kate-*
mana, de un corte elegantísimo y de
 una brillantez ofuscadora. *La reina de*
la sombra, también demasiado larga
 para transcrita, es de otro corte; vaga,
 impalpable, delicadísima y llena de
 misterio. La lira de Casal tiene mu-
 chas cuerdas, y cuando traza algún
 cuadro de naturaleza, se expresa de
 este modo:

PAISAJE DE VERANO

Polvo y moscas. Atmósfera plomiza
 donde retumba el tabletear del trueno
 y como cisnes entre inmundo cieno,
 nubes blancas en cielo de ceniza.
 El mar sus ondas glamas paraliza
 y el relámpago encima de su seno,
 del horizonte en el confin sereno,
 traza su rauda exhalación rojiza.
 El árbol soñoliento cabecea
 bonda calma se cierne largo instante,
 hienden el aire rápidas gaviotas,
 el rayo en el espacio centellea,
 y sobre el dorso de la tierra humeante
 baja la lluvia en crepitantes gotas.

A pesar de que lo debilita la repeti-
 ción de una idea, el soneto es de una
 gran fuerza y de una salvaje expon-
 taneidad.

Daría á conocer más notas del arpa
 de este insigne poeta lleno de inspira-
 ción y de fuego; pero es preciso ter-
 minar este artículo, y solo transcribiré
 versos de la cuerda robusta y trágica.

Encuentro estos en la composición.

LA MUERTE DE MOISÉS

Las copas de los verdes sicomoros
 mecidas por los vientos del desierto,
 mezclaban su rumor á los sonoros
 mugidos prolongados de los toros
 huyendo de la margen del mar Muerto.

En la poesía *Horridum Somniam*,
 que tiene la sombría grandeza de un
 cuadro de Rembrandt, dice que ha
 visto durante un sueño que,
 agrupados en senda dantesca
 de la fiebre los rojos espectros,
 al rumor de canciones malditas
 arrajaron mi lánguido cuerpo
 en el fondo de fétido foso
 donde airados cruzaban los cuervos,
 y al rumor que esparcía en el aire,
 yo sentí deshacerse mis miembros
 entre chorros de sangre violácea,
 sobre capas humeantes de cieno
 en viscoso licor amarillo
 que goteaban mis lívidos huesos.
 Al redor de mis frios despojos,
 en el aire zumbaban insectos
 que, ensanchados sus húmedos vientres
 por la sangre absorbida en mi cuerpo,
 ya ascendían en rápido impulso,
 ya embriagados caían al suelo.
 De mi cráneo que un globo formaba
 erizado de rojos cabellos
 descendían al rostro deforme
 saboreando el licor purulento,
 largas sierpes de piel solferina
 que llegaban al borde del pecho,
 donde un cuervo de pico acerado
 implacable roíame el seso.
 Junto al foso espectrales mendigos
 sumergidos los pies en el cieno
 y rasgadas las ropas mugrientas,
 contemplaban el largo tormento;
 mientras grupos de impuras mujeres
 en unión de aterrados mancebos,
 retorcían los cuerpos lascivos
 exhalando alaridos siniestros.

Todo esto es soberbio, hermoso,
 con sus incorrecciones y todo y tiene
 resplandores de genio. Casal me pare-
 ce un poeta muy grande, y puede ser-
 lo mayor, si él mismo se enfrena en
 las trabas de la buena sintaxis, que
 en nada perjudican á la imaginación,
 por brillante y calurosa que sea. Ade-
 más, repito que debe de estudiar á los
 clásicos.

Y basta con lo dicho, y suelto la
 pluma para romperme las manos
 aplaudiendo.

SALVADOR RUEDA,

GALERÍA ARTÍSTICA DE EL DÍA DE MODA



ANTES DEL BAÑO

(Copia del cuadro de Scalbert.)

Dejos y jípios

—
Mi gabinete de estudio
está, niña, en tu ventana,
mis problemas en tu pecho
y mis libros en tu cara.

—
No me mires, no me mires,
dame, gitanilla, un beso:
¡tu boca debe ser gloria,

y tus son ojos infernos!

—
Una casita muy blanca,
y en esa casita un patio,
y en el patio muchas flores,
y tú, morena, á mi lado.

—
Porque nos mira la gente
nuestra lengua está callada;
pero, en cambio, nuestros ojos
siempre están charla que charla.

HELIODORO PEÑASCO.



Dos chayós que se baten por la Pascuala
que es una moza terne y guapa de veras,
mientras ella en la calle de las Veneras
juega al mus con el conde de Calaguala.

Amorosas

Tú no serás salerosa,
pero me has jurado, Rosa,
que soy tu amante primero,
¡y tiene mucho salero
jurar semejante cosa!

Soy constante en amores, ¡muy cons-
tantel
Me nacen en el pecho los que quieren
y los que voy teniendo no se mueren.....
¡Y á todos soy traidor de puro amante!

Un coche con Teresa
tomé una noche.
Si algún desocupado
se asoma al coche...
¡Dios verdadero!
¡qué vergüenza tan grande...
para el cochero!

¿Te empiezas á cansar de tu marido
y á pensar en los bailes y en las modas?
Pues anda con cuidado, que es sabido
que así empezaron todas
las vengadoras que en el mundo han sido.

Juré quererte hasta morir, ¿no es cierto?
¡Pues vete haciendo cuenta que me he
[muerto!

El pecar nos embelesa
y Dios castiga el pecado.
¡Nos ha sentado á la mesa
con la condición expresa
da no probar un bocado!

Está probado, lo mejor del mundo
después del primer beso es... el segundo.

SINESIO DELGADO.

Picadillo.

Escena íntima.

—¿Que ya no tienes dinero, esposa
mía? Esto es insoportable; siempre me
dices lo mismo. Cuando yo muera, se-
gún veo, no te quedará otro recurso
que mendigar.

La esposa, con calma:

—Pues ya ves que me estoy ensa-
yando para cuando mueras.

En populosa ciudad
donde el oro se derrama
un ciego, artista de fama,
imploraba caridad.
—¡Gran Dios!—decía.—A mi edad
quedar ciego! ¡Qué tormento!
Y contestó á tal lamento
otro ciego que lo oyó:
—Más desgraciado soy yo,
que lo soy de nacimiento.

JOSÉ MORA GAMEZ.

En una academia;
—¿Quiere V. decirme—pregunta el
profesor—á qué se llama Olimpiada?
El alumno se turba, no sabiendo qué
contestar.

—Al espacio de cuatro años—le
apunta bajito un compañero.

Y el joven, que no ha acabado de
entender, contesta apresurado:

—Sí, señor; á un espacio del cua-
drante.

Son Blas y la Blasa—tan dados á fiesta,—que siempre su casa—parece una orquesta.—Yo he averiguado — que tocan en corro;—la gaita el criado—la moza el piporro,—el bombo la madre,—las niñas el pito—y el cuerno su padre.—(¡Me alegro infinito!)

Un cobarde á otro insultó,
Y, como es cosa corriente,
Al campo con él salió:
—Ya estamos solos, Clemente,
El más valiente exclamó.
—Y bien, ¿qué pretendes, dí?
Dijo al que retó, el cobarde:
—Quiero que uno quede aquí.
—Pues quédate tú, que á mí
Se me hace bastante tarde.

Editadas por el Sr. Gallardo, el dueño del conocido kiosco *El Sol*, hemos recibido dos bonitas y muy bien presentadas novelas, tituladas *Los cangrejos* y *El primer desengaño*, originales respectivamente de los señores D. Eduardo Antonio Flores y D. Luis de Val. Ambas ostentan preciosas cubiertas dignas de llamar la atención, ejecutadas con notable esmero por el conocido dibujante Sr. Ross.

Véndense á peseta en las principales librerías.

Victima de una penosa enfermedad, que desde hace tiempo le impedía dedicarse á las tareas literarias, ha fallecido en Madrid nuestro querido amigo el joven escritor Jacinto Correa. Descanse en paz.

Flores y espinas

D. E. M.—Madrid. ¡Ay! Eso no.

D. M. D.—Id. Bien versificada está; pero el asunto... ¿Por qué no envía V. otra cosa?

D. T. S. C.—Id. ¡Pero qué malito es todo! Y, diga V., joven, si no es molestarle, ¿dónde ha aprendido V. gramática?

D. M. G.—Sevilla. ¿Y V. por qué no la aprende? Porque le hace á V. tanta falta como el sentido común.

D. R. M. N.—Madrid. Vamos, en confianza, ¿cuál de los dos hizo el burro; V., ó el pollito de su epigrama?

D. A. R.—Santander. Hombre, ¿quieres escribir?

Córcholis.—Segovia. Vaya V. á paseo.

D. P. T.—Valladolid. Y V. váyase al... cuerno.

Pimentón.—Logroño. Y V. cien leguas más allá.

D. E. Ll.—Madrid. Imposible por ahora. Gracias.

D. A. R. L. A.—Madrid. Idem, id. id.

D. E. R. R.—(No sé dónde).—Pues... lo digo con rubor, pero ni aquel ni este; son tan inocentes y tan tontos... Respecto á lo otro, á doble precio.

Fray Migael.—Ávila. Para que vea V. lo que son las cosas. Todo lo que V. dice lo dijo Zorrilla hace muchos años. ¡Vaya un modo de coincidir!

Agua Naf.—Sabadell. ¿Qué su novia le quiere mucho y le aprieta el cuello? Bueno; pues que con salud se lo beba.

K. K. Seno.—Lérida.

Pues caminito del cielo
iban Juana y Serafín
montados en mal rocín...

Oiga V, caballero, ¿no podían ir siquiera en globo? Porque yendo en caballería no llegarán hasta el día del Juicio al término de su viaje, y hasta entonces no pienso publicar sus versos.

Barcelona.—Imp. de P. Ortega, Aribau, 13

EL DÍA DE MODA

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

10 CÉNTIMOS NÚMERO EN TODA ESPAÑA 10

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Los pedidos de ejemplares á la Administración: Ronda S. Pablo, 39, 2.º 1.º.—Barcelona.
Corresponsal en Madrid: D. Antonio Fernández, calle Mayor, puesto de periódicos, frente al café de Lisboa.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Séries de 10 números... 1 peseta.
Trimestre... 1'25 »



MIL PESETAS

al que presente

Cápsulas de Sándalo

mejores que las del Dr. Pizá, de Barcelona, y que curen más pronto y radicalmente las ENFERMEDADES URINARIAS, sobre todo la blenorragia si va acompañada de hemorragia. Catorce años de éxito; premiadas con medalla de oro en la Exposición Universal de 1888. Únicas aprobadas y recomendadas por las Reales Academias de Medicina de Barcelona y de Mallorca; varias corporaciones científicas y renombrados prácticos diariamente las prescriben, reconociendo ventajas sobre todos sus similares.—Frasco, 14 rs.

LA GOTA Y EL REUMA

SE CURA EN 24 HORAS POR MEDIO DEL

Elixir Antigotoso de Lasserre

En ninguno de los muchísimos casos en que ha sido usado ha dejado de producir el resultado apetecido.

PÍDANSE FOLLETOS

FARMACIA DEL DOCTOR PIZÁ

Plazas del Pino, 6, y Beato Oriol, 1—BARCELONA

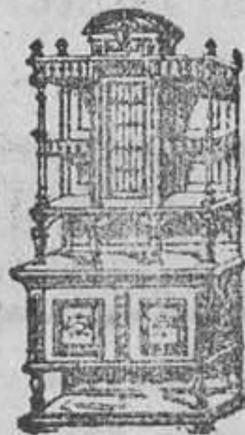
8, PELAYO, 8

LA SUECIA

BARCELONA

(PRÓXIMO A LA UNIVERSIDAD)

No comprar muebles sin visitar antes los que tan re-istentes y de última novedad vende esta casa a los más reducidos precios de fábrica, ya que su gran taller, montado á la altura de los más importantes del extranjero, permite recomendar sus productos por su gran baratura, resistencia y esbeltez.



Mobiliarios completos á precios nunca vistos.—Hay especialidad para despachos, fondas, casas torres, etc., etc. incluso tapizados y cortinajes, y las tan celebradas Sillas Suecas.

NADIE SALE SIN COMPRAR

No olvidar el núm. 8 de la calle Pelayo, los que van á casarse.

NO TENER PEREZA EN LLEGARSE Á

Barcelona.—**LA SUECIA**—8, Pelayo, 8

(Próximo á la Universidad)

GRAN REMEDIO

de **EFFECTOS RÁPIDOS y SORPRENDENTES**

Purifica la sangre y refuerza á los
debilitados por cualquier
enfermedad ó exceso



REGENERADOR UNIVERSAL

**EL MEJOR
TÓNICO**

DEPURATIVO

Cura la Sífilis, Venereo, Herpes, Granos, Erupciones de la piel, y en general las Enfermedades que provienen de la impureza de la sangre ó malos humores.

Da magníficos resultados en la Anemia, Linfatismo, Dispepsia, Gastralgia, y demás Afecciones del Estómago, Hígado, Bilis, en las Nerviosas, Histéricas, Dolores Reumáticos, y en las enfermedades Crónicas y Rebeldes.

DEPOSITARIOS J. URIACH Y C.^A

MONCADA, 20 - BARCELONA

Se vende en las principales Farmacias

EN MADRID

FARMACIAS: De Garcerà, calle Príncipe; de Moreno Miquel, Arenal, n.º 2; doctor Blas y Manada, Hortaleza, n.º 1; Passapera, Fuencarral, n.º 110.

Se remiten prospectos